

## En busca de Lacan

Manuel Talens

Escritor. Valencia (España)

(A Marta, que es argentina, psicóloga y traductora.)

«Tuvo muy buen parecer, y fue tan celebrada, que en el tiempo que ella vivió todos los copleros de España hacían cosas sobre ella.»

Francisco de Quevedo  
*Historia de la vida del Buscón*

Siempre, desde que soy capaz de recordar, soñé con traducir. Es algo que llevo en la sangre, pues ya de muy pequeña, con un par de años, le preguntaba a mi madre, «mamá, ¿cómo se dice esto o aquello en francés?».

Las dos vivíamos en el barrio del Guinardó. Mamá, que es argentina, recorrió conmigo los consultorios de cuanto psiquiatra infantil huido de los militares había entonces en Barcelona, pues no acababa de entender que una piba como yo, que hubiera debido centrarse en aprender primero el castellano —aunque fuera entre gallegos catalanes— estuviese tan preocupada por una lengua extranjera.

Pero los psiquiatras no daban con mi dolencia. El primero que visitamos dijo que yo sufría de neurosis bilingüe con desorientación sexual incestuosa entre el ego y el id. Para entonces, tras varios años en contacto con la catalanidad, mi madre ya había perdido buena parte de su barniz porteño, de manera que el diagnóstico no le cuadró y fue así como iniciamos nuestra peregrinación por clínicas que ella buscaba en las páginas amarillas.

Ni que decir tiene que la Psiquiatría -tanto argentina como española- fracasó conmigo, pues yo seguía preguntando que cómo se dice almeja o nabo en francés bien antes de dominar por completo mi lengua materna. Mamá estaba abata. Una mañana que fui con ella al mercado

de la Boquería, nos paramos en el puesto de la carne y oí que preguntaba:

—Señora Remedios, ¿a cuánto tiene hoy la lengua, pero que sea de la mejor?

Lo que sigue surgió de mis labios como un escopetazo:

—Mamá, ¿cómo se dice lengua en francés?

La señora Remedios, que es de Murcia y ve muchas telenovelas venezolanas, me miró con ojos picarones y se adelantó en la respuesta:

—Niña, tú vas a ser traductora.

Nunca más volvimos al psiquiatra y, con lo que se ahorró en consultas, mi madre pagó en la Berlitz los cursos de francés.

Lo de consagrarme a la traducción científica psicoanalítica estaba cantado, porque una historia como la mía no se vive en vano. Hace tres años encontré un ciberempleo en una editorial de Bruselas que decidió introducir por los países de habla española lo más saliente en psicoterapia lacaniana y la verdad es que ha encontrado el hueco y no le va nada mal. El trabajo abunda, porque con la manía del inglés ya queda poco personal que domine como yo las sutilezas del francés.

Desde el primer momento me entregué con pasión a las cosas de Lacan, si bien he de admitir que un poco a ciegas, sin que me entrase bien el significado. Desde fuera, al parecer, se veía más claro, pues una amiga de mamá, que ya va por su tercer amante fijo, insistía cada vez que hablaba conmigo en que lo que yo necesitaba era menos sueños y más realidad. «Che, buscate un macho y dejate de sublimar», solía decir.

Fue entonces cuando conocí a Héctor, que es dentista y acababa de abrir consultorio en el Paseo de Gracia. Héctor nació en el barrio de la Boca y siempre ha sido pragmático:

---

—Dejate de boludeces, Mónica, que una buena dentadura no hace daño ni tiene que ver con el inconsciente, che, acá o en el Río de la Plata. A vos se te volaron los pájaros de tanto darle al francés.

Mi poca disponibilidad le molestó desde el principio, pero yo me aferré a él de tal manera que no quería soltarlo. Con todo, también me deleitaba el trabajo a distancia en la editorial, donde ya había alcanzado un aura de profesional. No sé cómo logré sobrevivir, ya que armonizar las solicitudes de un marido latino con el manejo absorbente de Lacan no resulta fácil. A veces se me atragantaba durante horas una frase suelta y Héctor, incapaz de entrar en razón, se consumía de impaciencia. Cuando nació Graciela el tiempo empezó a faltarme para mis obligaciones a dos bandas. No daba palo ni abasto.

Sin duda Héctor se dio cuenta, porque el día de mi cumpleaños me regaló un programa informático de traducción automatizada. Al parecer se lo inventaron los yanquis durante la guerra fría para traducir al instante los mensajes que interceptaban del enemigo.

—Es bárbaro, ¿viste? —dijo—. Le metés las pelotudeces por un lado y, ¿viste?, las traduce por el otro mientras vos me calentás la leche, ¿viste?, labura solo.

Hice mi primer intento con el encargo que tenía entre manos. Se trataba de un mamotreto sobre identificación objetual en la adolescencia, redactado con oraciones gramaticales del tipo de esta que sigue: *«Donc la recherche de ce relèvement comporte un certain nombre de constantes, dominées par l'importance qu'on accorde à l'agir par la grandissante concrétisation objectale des transformations de statut à travers l'utilisation du corps de l'adolescent, dont l'épanouissement en découle plus tard»*.

El problema con ese programa automático es que todas las lenguas han de pasar primero

forzadamente por el inglés, parece el derecho de pernada que se le debía al señor en tiempos feudales. Le introduje el primer capítulo y se abrió paso por él en plan depredador. He aquí cómo quedó el párrafo: *«Therefore the search of this raising embraces a certain number of constants, dominated by the importance which one grants to act by the increasing object concretization of the transformations of statute through the use of the body of the teenager, whence later pleasure drips in»*.

El castellano sufrió luego las consecuencias de tamaña violación del sentido: «Por lo tanto la búsqueda de esta erección abarca cierto número de constantes, dominadas por la importancia que una conceda al acto y por la concretización del objeto creciente de las transformaciones del estatuto mediante el uso del cuerpo del adolescente, de donde más tarde chorrea en el placer».

Me entraron dudas, porque aquello sonaba un poco fuerte, pero Héctor me tranquilizó:

—De todas maneras nadie entiende esas cagadas.

Aquella noche, aprovechando que mi madre vino a cuidar a Graciela, Héctor y yo nos fuimos al cine. Al regresar, el programa me había traducido el libro entero con la ayuda de mamá, que adora sentirse útil todavía y hace sus pinitos con dos dedos ante la pantalla.

Fueron meses felices ¡Todo nos iba tan bien, Dios mío! Héctor estaba atendido y a mí me quedaba tiempo de respirar, pues complacía las peticiones de Bruselas con tal celeridad que agotaba sus reservas. Hasta que un día, convencidos quizá de que yo hacía boca a todo, decidieron darme además cosas de clientes ajenos a la psiquiatría. La primera de ellas fue un artículo para una revista popular de amplia tirada. Tenía un título como el de aquellas películas clásicas con que mamá se hizo mujer: *Bill Gates against James Bond*. Lo puse en sus manos y

me miró agradecida, pues está chapada a la antigua y prefiere lo de siempre, no las exégesis indigestas de Lacan. Tranquila y satisfecha, continué con un asunto particular que Héctor y yo estábamos terminando.

Como he dicho, fue el primer encargo no psiquiátrico, pero también el último, porque la confianza mata. Al día siguiente recibí un correo electrónico de la editorial, notificándome con malos modos que prescindían de mis servicios. No apreciaron el título automático en castellano: *Puertas de Cuenta versus Mermela-*

*das Afianzan*. Tampoco el texto, que era un galimatías por el estilo, pero como esta vez no iba destinado a matasanos sino a gente normal, se notaba.

Las desgracias nunca vienen solas y al poco me enteré de que Héctor me estaba engañando con su secretaria. El divorcio ha sido penoso. Dejé la traducción y regresé al Guinardó, donde vivo otra vez con mamá, que se ocupa de Graciela mientras yo asisto a las clases de la universidad. Estoy decidida a ser psicoanalista para descifrar por fin a Lacan.

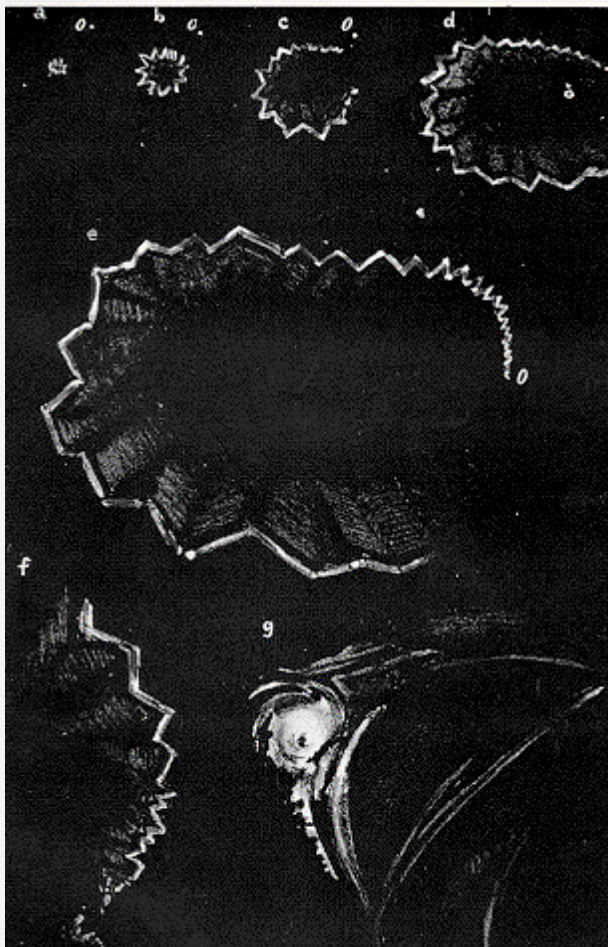


Ilustración del Dr. Hubert Airy de sus propios *fortification spectra*.

## Palabra e imagen *fortification spectra* Luis Pestana

**Definición:** La primera descripción del fenómeno la hizo el médico británico Hubert Airy (1854), que padecía migraña: «...at its height it seemed like a fortified town with bastions all round it, these bastions being coloured most gorgeously... All the interior of the fortification, so as to speak was boiling and rolling about in a most wonderful manner as if it was some thick liquid all alive.» [http://www.upstate.edu/neurology/haas/hpmiaus.htm]

«*teichopsia* [Gr. *teichos* wall + *-opsia*] the sensation of a luminous appearance before the eyes, with a zigzag, wall-like outline; it may be a migraine aura. Called also fortification spectrum, flittering scotoma and scintillating scotoma.» [Dorland's Illustrated Medical Dictionary. 29ª ed. Filadelfia: W.B. Saunders Co., 2000]

«[*spectrum*] *fortification s.*, a form of migraine aura characterized by scintillating or zigzag bands of colored light forming the edge of an area of teichopsia. Called also fortification figures» [Ibidem]

«[*scotoma*] *scintillating s.*, *teichopsia.*» [Ibidem]

(Continúa en la página 90)